Compilación

NO NACEMOS MACHOS

Cinco ensayos para repensar el ser hombre en el patriarcado

En la Ciudad de México
Ediciones La Social
M M X V I I

ver. 1.0.29.03.2017
Este libro puede descargarse libremente de
http://wp.me/p10ynY-7x

Cuidado de la edición: G.R.
Diseño de portada: Ediciones La Social
El texto se editó íntegramente en Software Libre
usando Debian GNU/Linux 8, LibreOffice
4.3.3.2, Inkscape 0.48 y GIMP 2.8.14.

Obra publicada bajo la Licencia de Producción de Pares

Atribución - Compartir bajo la Misma Licencia - No Capitalista

La licencia completa:
<https://endefensadelsl.org/ppl_deed_es.html>

Ediciones La Social
Cubículo Pável González, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Periférico y Zapote s/n. Edificio Principal, Segundo piso.
ediciones_lasocial@riseup.net
edicioneslasocial.wordpress.com

Índice

Presentación: La mirada hacia el nosotros | 9
Guadalupe Rivera

Desempeñar la Masculinidad | 15
Robert Kazandjian

Las Feministas No Son Responsables de Educar a los Hombres | 23
Cecilia Winterfox

La masculinidad está matando a los hombres: la construcción del hombre y su desarraigo | 31
Kali Halloway

Hombres ¿feministas? | 47
Javier Omar Ruiz Arroyave

Cuatro consejos desde la trinchera de los aliados feministas | 53
Andrew Hernann

Presentación: La mirada hacia el nosotros

Guadalupe Rivera

Ediciones La Social

Hemos de confesar que no teníamos muy claro como iniciar una presentación para esta compilación. El tema que nos reúne, la deconstrucción de nuestra masculinidad patriarcal, es en varios aspectos sensible, polémico y nulamente abordado en nuestros espacios. Es justamente por esta última razón que hemos decidido, no sin urgencia, iniciar la compilación de una serie de escritos que empiecen a abrir este debate largamente pospuesto. Sólo así, mirando hacia el nosotros, podremos construir una masculinidad otra, libre de opresión y violencia.

No somos ilusos, no esperamos que este texto triunfe en su difusión o discusión entre los compañeros, que es a quienes va dirigido. Numerosas veces nos hemos encontrado con situaciones nefastísimas que no hacen más que afirmar que es urgente trabajar en otras masculinidades. Sin embargo tampoco perdemos la esperanza de reconocernos con compañeros sensibles, comprometidos a un cambio y dispuestos a realizar esta mirada otra hacia el nosotros. Creemos que asumirnos como hombres y aceptar nuestra condición de privilegiados en la sociedad patriarcal es un primer paso que no puede esperar más tiempo en darse.

El texto que abre la compilación «Desempeñar la Masculinidad» de Robert Kazandjian, aborda justamente, de manera amena y vivencial, el cómo nos vamos formando como hombres, aprendiendo a reprimir nuestras emociones, haciéndonos «fuertes» ante el dolor y ejerciendo una masculinidad que, a pesar de lo que aparentemos, nos lastima profundamente.

En «Las Feministas No Son Responsables de Educar a los Hombres» de Cecilia Winterfox encontraremos una lección sintética y brillante de escucha hacia el movimiento feminista, Winterfox aborda con brutal honestidad los porqués debemos, como hombres, escuchar al movimiento feminista y cuestionarnos nosotros mismos nuestros privilegios y no esperar a que «sean ellas las que nos enseñen el camino».

«La masculinidad está matando a los hombres: la construcción del hombre y su desarraigo» de Kali Halloway señala, con un amplio conocimiento del tema, como es que somos los hombres los principales victimarios de nosotros mismos, en una muestra que trasciende a la dureza de los datos expuestos y nos urge a crear una nueva forma de ser en la cual no estemos condenados a matar ni morir para sostener nuestros privilegios patriarcales.

La breve entrevista «Hombres ¿feministas?» a Javier Omar Ruiz Arroyave, fundador del Colectivo Hombres y Masculinidades de Colombia, es un posicionamiento en la

cual Ruiz Arroyave aclara que los hombres no necesariamente debemos asumirnos como feministas, sino que crear nuestra propia agenda despatriarcal y acompañar desde ahí al movimiento de las compañeras en sus demandas.

Cierra la compilación «Cuatro consejos desde la trinchera de los aliados feministas» desde la cual Andrew Hernann, el autor, nos comparte sus reflexiones sobre las estrategias que los hombres «aliados» del feminismo podemos llevar a cabo para afianzar la escucha y acompañamiento del movimiento feminista, al tiempo que anticipa las posibles críticas que los hombres «aliados» del feminismo recibirán ante su declaratoria abierta de apoyo.

A la par de los cinco artículos aquí reseñados se incluyen unas breves intervenciones de Cristian González Arriola y Klaudio Duarte, expuestas en el *V Coloquio Internacional de Estudios sobre Varones y Masculinidades*, realizado en Chile en 2015, y que consideramos aportan de manera precisa puntos de partida para el entendimiento de la construcción del «ser hombre» y su ejercicio cotidiano.

No podríamos cerrar esta presentación sin comentar que hemos incluido un apartado gráfico en el cual, mediante juguetes y caricaturas, se muestren los roles y estereotipos con los que usualmente hemos construido nuestro equipaje de género masculino desde la infancia.

Sabemos que esta deconstrucción, esta mirada hacia el nosotros no será sencilla ni rápida, que deberá acompañarse con encuentros y talleres. Este es sólo un primer paso.

«Se enseña a los hombres desde niños a no mostrar emociones o signos de debilidad: a ocultar todo lo que lo acerque a lo femenino. Los hombres tenemos que demostrar ser hombres de manera constante y periódica y la masculinidad existe en oposición a lo femenino y es por eso se construye en relación a nosotros, las parejas, los amigos, los colegas»

CRISTIAN GONZÁLEZ ARRIOLA

25
25 elf

Desempeñar la Masculinidad

Robert Kazandjian

Media Diversified
Traducción: Demonioblancodelateteraverde

Mi padre nos cuenta muy a menudo la historia de cuando vio por primera y última vez a su padre llorar. A principios de febrero de 1958, Armenag Kazandjian, de seis años, se encontraba sentado a la mesa de su familia en el piso del Cairo, disfrutando de un tazón de ful, un plato tradicional de la cocina egipcia. Mi abuelo, Vahe, bebía café aromático y leía el periódico. Mi padre recuerda ver al suyo dejar con pasmosa tranquilidad el periódico en la mesa y clavar su mirada a través de una ventana abierta mientras sus ojos se humedecían y las lágrimas comenzaban a a recorrer sus hirsutas mejillas. Mi padre quiso saber qué pasaba, y mi abuelo, con sus ojos fijos en la atestada calle, le explicó que los jugadores del Manchester United más brillante de todos los tiempos se habían matado en un accidente de avión en Alemania. «Chicos», exclamó, «Chicos jovencísimos».

La familia de mi padre estaba acostumbrada a tragedias inmensas. Sus padres eran niños cuando sobrevivieron al genocidio armenio. Crecieron en hogares desgarrados física y psicológicamente, entre comunidades que luchaban por

reconstruirse. La madre de Vahe, huida de los linchamientos antiarmenios de Estambul de 1915, vivía con la angustia de no poder facilitar un espacio digno a la creciente familia de su hijo. Considerándose una carga, subió hasta el tejado de su bloque de apartamentos y se arrojó al vacío. Mi padre y su hermano se enteraron de la terrible noticia al volver del colegio; sin embargo, nadie recuerda ver llorar a mi abuelo. La sociedad armenia era, y aún hoy lo es, profundamente patriarcal. Los hombres que sobrevivieron al genocidio cargaron con el peso de la vergüenza del desplazado; creían haber fallado como protectores arquetípicos de su pueblo. Esta humillación pasó de padres a hijos y así cristalizó la decisión de demostrar a perpetuidad nuestra *fortaleza* patriarcal. La respuesta estoica de mi padre a la muerte de mis abuelos es muestra clara de esta herencia perniciosa.

Es probable que debido a esto el único recuerdo que guardaba mi padre sobre la vulnerabilidad de mi abuelo tras el desastre de Múnich explique su conexión emocional con el equipo de fútbol *Manchester United*. Y pese a haber nacido y crecido pared con pared junto al estadio del *Tottenham*, el deseo por emular a mi padre me hizo pasearme por los parques del norte de Londres con un prominente cuello alto como el de nuestro «Rey», Eric Cantona.

Ver los partidos del *United* por la tele con mi padre comenzó a ser un ritual. En la intimidad de nuestra estrecha sala me fijaba en su manera de actuar casi tanto como

lo que ocurría en el campo. Si aplaudía uno de los pases de «quaterback» de Paul Ince, yo hacía lo propio. Si se levantaba del sofá para celebrar los goles de Andy Cole, yo también. Si se hartaba a lanzar insultos a la pantalla, yo los memorizaba, por raros que me resultaran y los repetía en voz baja. Y si golpeaba brutalmente el puño contra la mesa del café de pura rabia, ahí iba yo, esperando que mi padre no notara el dolor que casi se me escapaba por los ojos.

Y así aprendí a desempeñar mi masculinidad. A través del prisma que me otorgaba ver el fútbol con mi padre, entendí que lo que se esperaba de mi era tragarme la decepción y la tristeza, transformarla en ira y escupirla como la llama de un dragón. Al crecer, apliqué esta manera de entender la vida a todo y a todo el mundo de mi entorno: expulsiones del colegio, agujeros con la forma de mi puño en las puertas de los dormitorios, costillas rotas y narices quebradas dejaban de manifiesto mi compromiso con convertirme en un «hombre hecho y derecho». Aprendí que toda la infelicidad que sintiera debía enmascararla con pintura de guerra, lo que me condujo a un camino de destrucción. Solo a través de la lectura y escritura en los últimos años de mi adolescencia comencé a desmontar mis tóxicas ideas en torno a la masculinidad.

Ya en la universidad, volvía a casa regularmente para mantener viva la tradición de ver al *Manchester United* con mi padre. Compartir ese tiempo con él viendo un partido se había convertido en algo altamente sentimental para

mí, algo que creía recíproco. Este sentimentalismo se hacía astillas muy a menudo cuando regresaba a casa y le encontraba gastándose hasta el último quinto en apuestas. También me invadía la tristeza cuando oía su coche detenerse afuera de la casa a medio camino de la segunda mitad. A pesar de estar desarrollando la necesidad reconocer de manera honesta mis emociones, sentía pánico ante la posibilidad de mantener una conversación sentimental con mi padre, por lo que prefería volver a optar por la rabia, algo que me era mucho más familiar.

El día en el que le diagnosticaron cáncer a mi hermano, no acudí a mi familia para buscar esa tranquilidad que todos y todas necesitábamos, opté por ir al gimnasio a levantar pesas. Tan decidido me encontraba a ser «fuerte», que elegí la expresión más literal. Me decidí por presas de banco y peso muerto en lugar de mostrarme abiertamente vulnerable y mostrar mis miedos a la gente de mi entorno más cercano. Y ahora me toca vivir con ese vergonzoso recuerdo.

La construcción patriarcal de la masculinidad es algo muy real, y es algo que nos desguaza por dentro. Nos condiciona para rechazar las respuestas genuinas al dolor que nosotros mismos experimentamos y al dolor que sufren las personas de nuestro entorno.

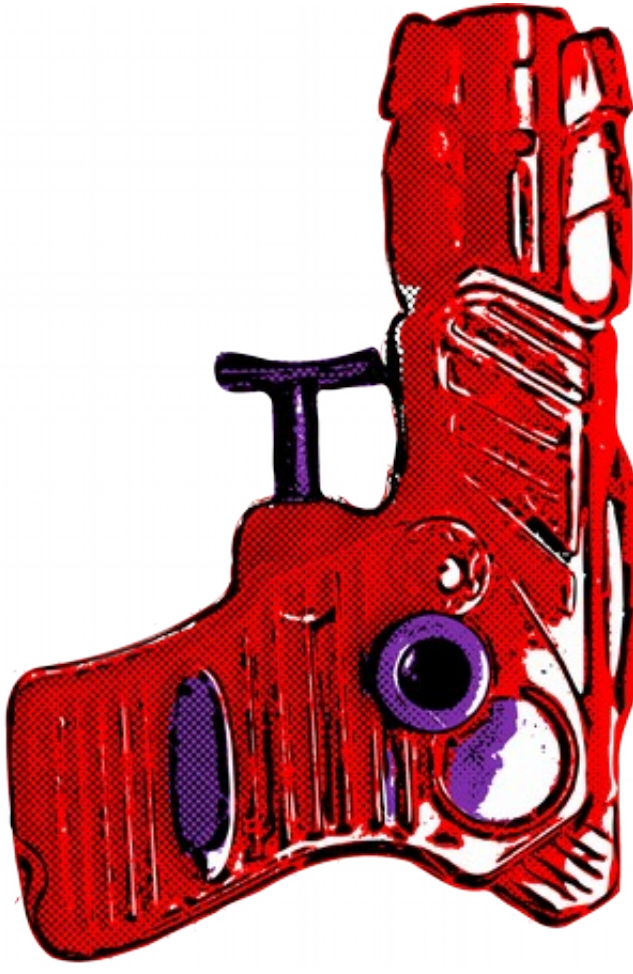
Al bloquear cualquier expresión sana de nuestros sentimientos, exteriorizamos en primer lugar nuestro dolor agrediendo y violentando a otras personas, especialmente mujeres, aunque posteriormente ese dolor también se vuelva contra nosotros. Todo esto resulta en nuestras parejas temblando por la intensidad con la que alzamos la voz, o en nuestros hijos imitando nuestras conductas y en nuestras hijas condicionadas a aceptar nuestros abyectos comportamientos como algo corriente. Algo así como enviar fotos de tu verga sin que te las pidan. En como llamar «puta» a una mujer en la cara tras haber rechazado nuestras agresivas proposiciones. Algo que resulta en no ver nada de malo en emborracharnos hasta caer inconscientes o en un «eso para mí no es violar». Toda esa crueldad y resentimiento se encuentran arraigados en nuestra genuina y primigenia decisión de desplegar de la manera más concisa nuestra «fortaleza» mientras abandonamos los poderes terapéuticos que conlleva asumir nuestra denominada «vulnerabilidad».

Hoy, el disfrute de los partidos del *United* con mi padre se ha visto enturbiado por la aflicción. No se encuentra bien, su memoria a corto plazo se le escapa como vapor por una ventana. En un par de días, le cuesta recordar los detalles de los partidos más apasionantes. En verano, el equipo que ambos amamos fichó al capitán y al máximo goleador histórico de Armenia, Henrik Mkhitaryan, algo que nos llenó de euforia. El domingo pasado, en Old Trafford,

Mkhitaryan corrió a por un balón dividido, se lanzó un autopase y disparó hacia la portería del *Tottenham*, alojando el balón en las mallas, convirtiéndose así en e l primer armenio en anotar un gol en la *Premier*. Lloré. Miré a mi izquierda y mi padre lloraba también, sin ningún rubor. Puede que derramáramos lágrimas porque ser armenio es algo oscuro y desconocido, algo que requiere de explicaciones y mapas y que, sin embargo, ese día la norma no se cumplió. Quizá lloramos porque el gol de Henrick Mkhitaryan representaba el símbolo de nuestra supervivencia y crecimiento tras el genocidio, en un mundo en el que nuestros opresores deseaban nuestra desaparición. Puede que mi padre pensara en el Cairo y en ese plato de ful, y en las lágrimas de su padre. Quizá lloré porque sabía que él pronto no recordaría jamás ese momento.

«Si bien el patriarcado oprime a los hombres, conservamos intactos los privilegios que nos otorga: Ser los primeros en sentarnos a la mesa, comernos el plato de comida más grande, ser [...] los que ganamos el mejor salario respecto a nuestras colegas, los que podemos ejercer violencia, piropear a las mujeres en la calle y tocarles el trasero en el metro sin que nadie diga nada, porque esa violencia está naturalizada. No se trata de construir un discurso bajo la lógica del empate entre hombres y mujeres, porque mientras los varones no soltemos esos privilegios, esa idea de que somos víctimas del patriarcado no va a poder ser asumida por nosotros»

KLAUDIO DUARTE



Las Feministas No Son Responsables de Educar a los Hombres

Cecilia Winterfox

Feminist Current
Traducción: Alianza Antiagresiones Patriarcales

Como feminista ruidosa con varios amigos varones inteligentes, me encuentro, a menudo, con indignación cuando decido no entablar conversación con ellos sobre feminismo. Si realmente me importara cambiar nuestra cultura de discriminación y desigualdad, ¿no debería, entonces, intentar educar a los hombres? ¿No es esa la tarea de una activista? ¿No deberían las feministas estar agradecidas cuando los hombres nos plantean preguntas, ya que eso muestra que por lo menos están intentando comprender?

Es a la vez agotador y causa de distracción que se espere de una debatir cuestiones básicas con hombres que no se han tomado antes la molestia de pensar sobre su privilegio. Los hombres no tienen el derecho de esperar que las feministas las eduquen. El cambio real sólo ocurrirá cuando los hombres acepten que la responsabilidad de la educación recae sobre ellos y no sobre las mujeres.

Recientemente rechacé de forma amable debatir con uno de estos amigos varones confundidos, quien siguió enviándome algunos consejos bienintencionados sobre cómo ser una feminista más efectiva. Sin antes haber pensado mucho sobre feminismo, dijo, simplemente no le parecía que mis posts en las redes sociales fueran apelativos. Demasiado gritones y académicos. Lo que necesitaba yo era explicar las cosas de una forma que hiciera un llamamiento a los hombres.

Considerándose a sí mismo como el tipo de wey que «podría ser parte de la solución», me envió amablemente el enlace de una *TedTalk* de doce minutos que contenía, en sus palabras, un «test básico de sí/no» sobre misoginia, además de una propuesta de pasos a seguir para solucionar el problema. En un gesto de arrogancia impresionante, me sugirió que la próxima vez que me pidieran que educara a un hombre que estuviera genuinamente intentando aprender sobre feminismo, le reenviara este jugoso y conciso recurso que acababa de conseguirme.

Es increíble que el 50 por ciento de la población pida tan a menudo que se les hagan un infomercial para liberarse de las desventajas estructurales y la violencia sistémica.

He aquí el problema con que se espere de ti que cojas la mano de cada hombre mientras él se pelea con la posibilidad de que, a pesar de la auto-percepción de su buena naturaleza y sinceras intenciones, es un beneficiario de la opresión estructural de las mujeres. En realidad, te hace daño. El patriarcado daña a las mujeres a diario. Pero aunque pueda ser traumático hablar, por ejemplo, sobre la cultura de la violación, vivimos bajo la esperanza de que si enseñamos a los hombres cómo se nos daña, ellos empezarán a entender y se volverán nuestros aliados. Cuando los hombres aparentan estar interesados en el discurso feminista, ello tira de este anhelo. Mientras los hombres pueden jugar al abogado del diablo y barajar situaciones hipotéticas completamente desconectadas de su realidad y luego, al final, elegir salir, para las mujeres estas discusiones suponen revelación y vulnerabilidad. Son el compartir de nuestra experiencia vivida real.

El argumento más común es: **Si Tú No Me Educas Cómo Puedo Aprender**. Normalmente funciona así. El auto-denominado Wey Chido interrumpe la discusión solicitando seriamente a las feministas que entren en un debate con sus opiniones personales. Habiendo hecho el esfuerzo de aparcar su enojada incomodidad con que las feministas sean amargadas, resentidas y combativas (aunque no sin antes llamar la atención para tal sacrificio), el Wey Chido se queda perplejo con que sus teorías no sean inmediata-

mente discutidas de forma razonable y no enfadada. A pesar de los cientos de recursos sobre el tema de que podría, al igual que el resto de nosotras, echar mano y leer, el Wey Chido espera que las mujeres paren lo que están haciendo para, en lugar de ello, compartir sus experiencias de opresión y contestar a sus preguntas. Irónicamente, el Wey Chido no es consciente de que al demandar de las mujeres que desvíen sus energías para satisfacer de forma inmediata sus caprichos, está reforzando las dinámicas de poder que supuestamente busca comprender. No hace falta decir que no hay nada de errado con tener preguntas básicas sobre feminismo. Desmontar algo tan complejo e insidioso como el patriarcado, en particular cuando exige examinar tu propio privilegio, no es fácil. Se vuelve, sin embargo, problemático cuando estás tan seguro que tus preguntas son SÚPER IMPORTANTES que buscas apropiarte de las discusiones feministas para que las escuchen.

Usando la analogía de otra mujer:

«Es como si entraras en un seminario de posgrado de matemáticas, gritando: 'Ey, ¿cómo podéis siquiera usar números imaginarios si a fin de cuentas no son reales?' Cuando alguien, más bien furiosamente, te señala un manual de primer grado en un rincón, tú hojeas sin ganas el primer par de páginas durante unos segundos y dices: 'No estoy de acuerdo con algunas de estas definiciones y, en cualquier

caso, no has contestado a mi pregunta. ¡¡¿Nadie quiere discutir conmigo?!!».

Esta incredulidad es normalmente juzgada con grave reprensión por ser sarcástica, irrazonable, ilógica, desagradecida y amargada. Ahora bien, como mujer criada bajo el patriarcado, estoy socializada para responder positivamente a las alabanzas y aprobación de los hombres. Habiendo sufrido las consecuencias de la desaprobación por parte de ellos, el conflicto me resulta contraintuitivo. Es tentador sucumbir al deseo de ser reconocida como «buena» feminista que se toma su tiempo para explicar las cosas de forma amable, divertida y pícara. Pero, aquí está la sorpresa: el feminismo amable no sólo no funciona, sino que es, en realidad, contraproducente. Gastar tiempo y energía educando a los hombres a lo largo de su camino de autodescubrimiento no es sólo increíblemente aburrido, sino que, en realidad, sirve para reforzar las dinámicas de poder existentes y nos aleja de colectivizar como mujeres y de promulgar el cambio real.

Mi consejo a los hombres que genuinamente quieren aprender sobre feminismo es el siguiente: leed y escuchad las voces de las mujeres cuando ellas os explican cómo se siente en la piel la misoginia y como ésta funciona.

Nunca pidas a las mujeres que te busquen recursos. En serio, sácate el carnet de la biblioteca. O Internet. No interrumpas para discordar o descarrilar la discusión usando ejemplos particulares de mujeres en situaciones de poder o casos de lo que entiendes como «sexismo invertido» (aquí va una información útil: la «misandria» no es real).

Parafraseando a Audre Lorde:

«*Cuando se espera que las personas de color eduquen a las personas blancas sobre su humanidad, cuando se espera que las mujeres eduquen a los hombres, a las lesbianas y a los gays se espera que eduquen al mundo heterosexual, la opresión mantiene su posición y evade la responsabilidad por sus acciones.*»

Si perteneces a un grupo que tiene ventajas estructurales respecto de salarios, seguridad, salud y educación –cuando básicamente ganaste la lotería de la vida simplemente por aparecer– es tu responsabilidad educarte a ti mismo. Y, en serio, no digas a las mujeres que sean amables. Estamos enfadadas. Tenemos todas las razones para estarlo. Francamente, tú deberías estarlo también.

«Los hombres aprendemos a ser hombres. No nacemos machistas, aprendernos a reproducir patriarcado a través del sexismo, la homofobia, el falocentrismo, la heteronormatividad. Lo importante es que esos aprendizajes se pueden desaprender, lo que implica necesariamente una lucha política»

KLAUDIO DUARTE

La masculinidad está matando a los hombres: la construcción del hombre y su desarraigo

Kali Halloway

Alternet
Traducción: Demonioblancodelateteraverde

Damos comienzo al proceso de convertir a los niños en hombres mucho antes del fin de la infancia.

«Las tres palabras más dañinas que todo hombre recibe en su niñez es cuando se le emplaza a «ser un hombre» — Joe Ehrmann, entrenador y antiguo jugador de la NFL»

No nos engañemos, sabemos desde hace tiempo que muchos hombres están muriendo por culpa de la masculinidad. Mientras que la construcción de lo femenino nos exige a las mujeres ser delgadas, bellas, serviciales y al mismo tiempo, en un precario equilibrio, virginales y follables, la construcción de lo masculino obliga a los hombres demostrar y redemostrar constantemente que, bueno, son eso: hombres.

Ambos conceptos son destructivos pero si nos atenemos a las estadísticas, el número de hombres incluidos y afectados y su, comparativamente, exigua esperanza de vida dan

prueba de que la masculinidad es una asesina más efectiva, neutralizando a sus objetivos de manera más rápida y en mayores números. El número de víctimas atribuibles a la masculinidad versan en torno a sus manifestaciones más específicas: alcoholismo, adicción al trabajo y violencia. Aunque no maten explícitamente, sí provocan una especie de muerte espiritual, causando trauma, disociación e, inconscientemente, depresión. (Estos elementos empeoran si nos movemos en términos de raza, clase, orientación sexual y otros factores de opresión, pero concentrémonos en la primera infancia y en la socialización adolescente de manera global.) Citando a la poeta Elizabeth Barret Browning: «no es en la muerte donde los hombres en su mayoría fenecen». Y, para muchos, el proceso comienza mucho antes de llegar a la adultez.

La emocionalmente dañina masculinización comienza antes de la adolescencia para muchos chicos, en la más tierna infancia. El psicólogo Terry Real, en su libro *I Don't Want to Talk About It: Overcoming the Secret Legacy of Male Depression* (No quiero hablar de ello: superar el secreto legado de la depresión masculina) de 1998, desmenuza varios estudios en los que se nos explica que padres y madres, inconscientemente, proyectaron en las criaturas una especie de «masculinidad» innata, y, por tanto, una menor necesidad de confort, protección y afecto justo tras haberse producido el alumbramiento y pese a que los bebés no poseen comportamientos categorizables por género. De

hecho, los bebés suelen comportarse de maneras que nuestra sociedad define como «femeninas». Como Real nos expone: las criaturas llegan a este mundo con una dependencia, expresividad y emociones idénticas, y con el mismo deseo de afecto físico. En los primeros estadios de la vida, todas las criaturas se ciñen más a lo que estereotípicamente se define como femenino. De existir alguna diferencia, está precisamente en los asignados hombres, más sensibles y expresivos que sus pares femeninas. Lloran más a menudo, parecen más frustrados y muestran más enfado cuando la persona al cargo de sus cuidados abandona la sala.

Tanto padres como madres se imaginaron diferencias inherentes al sexo de sus criaturas, asignadas un género u otro. Aunque los especialistas sanitarios se encargaron de medir su peso, tamaño, nivel de altura y fortaleza, los progenitores informaron mayoritariamente que las criaturas asignadas mujeres eran más delicadas y «dulces» que las asignadas hombres, a los que imaginaban más grandes y, por lo general, más «fuertes». Cuando se ofreció a un grupo de 204 adultos un visionado de la misma criatura llorando y se le entregó a cada persona información distinta sobre el género asignado de la criatura, adjudicaron a la criatura «hembra» una actitud miedosa, mientras que a la criatura «macho» la describieron como «colérica».

De manera intuitiva, estás diferencias perceptivas provocan a su vez diferencias correlativas en el cuidado parental que posteriormente se acaba aplicando a estas cria-

turas ya asignadas hombre. En palabras del personal al cargo del estudio: «parecería razonable asumir que una criatura a la que se considera asustada reciba más cariño que una que parece enfadada». Esta teoría se ve reforzada por otros estudios que cita Real. Todos coinciden en que «en el momento del nacimiento, a las criaturas asignadas hombre se les habla menos que a las asignadas mujer, se les reconforta menos, se les alimenta menos». En resumidas cuentas, los recortes emocionales hacia nuestros hijos comienzan en el mismo umbral de su vida, en el momento más vulnerable de la misma.

Es este un patrón recurrente a través de toda la infancia y adolescencia. Real hace referencia a un estudio en el cual se nos muestra que tanto madres como padres pusieron énfasis en los «logros y competitividad de sus hijos», y les enseñaron a «controlar sus emociones», o lo que es lo mismo, instruir tácitamente a los chicos a ignorar o minimizar sus necesidades o deseos emocionales. De manera similar, tanto padres como madres son más estrictas hacia sus hijos, actuando presumiblemente bajo la premisa de que «pueden con ello». Beverly I. Fagot, la fallecida investigadora y autora de *The Influence of Sex of Child on Parental Reactions to Toddler Children* (*La Influencia del género de las criaturas preadolescentes ante reacciones parentales*), descubrió que tanto padres como madres ofrecían estímulo positivo a sus criaturas ante las muestras de comportamiento «cis» (opuesto a un comportamiento «trans»).

Progenitores que explícitamente se mostraban partidarios de la igualdad de género ofrecían, por el contrario, más respuestas positivas a sus hijos cuando jugaban con Legos y más respuestas negativas a sus hijas cuando mostraban actitudes «deportivas». Se premiaba más los momentos de juego sin vigilancia parental, o «logros individuales» a los chicos y se mostraban más respuestas positivas a las chicas cuando estas requerían ayuda. Como norma, estos progenitores ignoraban el papel activo que estaban jugando en la socialización de sus hijos con arreglo a roles de género. Fagot incluye que todas estas personas adultas afirmaron que educaban de manera ecuánime a sus criaturas, sin prestar atención a su género asignado, una afirmación rebatida totalmente por las conclusiones del estudio.

Sin duda, estas prontas lecciones transmiten mensajes nefastos tanto a niños como a niñas, con consecuencias irreparables. Sin embargo, mientras que , como afirma Terry Real, «a las chicas les está permitido conservar la expresividad emocional y cultivar la conectividad»;

a los chicos se les educa para eliminar esas emociones e incluso se les inculca que su masculinidad depende casi exclusivamente de ello.

Muy a pesar de esta realidad carente de lógica, nuestra sociedad ha abrazado completamente el concepto de que la

relación entre virilidad y masculinidad es, de algún modo, fortuita y precaria, y se ha tatuado a fuego el mito de que «los chicos habrán de convertirse en hombres… que los chicos, en oposición a las chicas, deben alcanzar la sagrada masculinidad».

Nuestros pequeños naturalizan estas ideas desde una pronta edad; debatiendo con Real, me informó de estudios que sugieren que estos jóvenes comienzan a ocultar sus sentimientos desde los 3 o los 5 años. «No es que posean menos emociones, es que ya van aprendiendo las reglas del juego: que mejor no las muestren». Los chicos, según el imaginario popular, se convierten en hombres no solo creciendo, sino siendo sometidos a toda esta socialización. Sin embargo, Real también añade algo que para chicos «cis» puede parecer obvio: «no necesitan que nadie les haga hombres, ya lo son. Los chicos no necesitan desarrollar su masculinidad».

Es inconmensurable la influencia de imágenes y mensajes sobre masculinidad implícitos en nuestros medios de comunicación. Miles de series y películas lanzan propaganda a los jóvenes (y a todo el mundo, en realidad) no tanto sobre cómo hombres (y mujeres) ya somos sino cómo deberíamos ser. Aunque hoy día existe mucho material académico sobre la representación de la mujer en los medios de comunicación y también existen miles de análisis deconstructivos de sus perniciosos efectos gracias a feministas, no existe tanto análisis sobre las construcciones masculinas en los mismos. Aun así, reconocemos claramente las caracterís-

ticas que mediáticamente se valoran entre los hombres en películas, televisión, videojuegos, cómics, etc.: fortaleza, valor, independencia, la habilidad de proveer y proteger.

Mientras que las representaciones masculinas se han complejizado, se han hecho más variadas y humanas en estos últimos años (ya hace tiempo de *Papá lo sabe todo* y del arquetipo de Supermán), aún permanece ese privilegio de algunas características «masculinas» sobre otras. En palabras de Amanda D. Lotz en su libro de 2014, *Cable Guys: Television and Masculinities in the 21st Century* (*Chicos de Cable: televisión y masculinidades en el siglo XXI*), aunque las representaciones masculinas en los medios se han diversificado, «la narración, por otra parte, ha llevado a cabo una importante labor ideológica apoyando de manera constante a personajes masculinos construidos desde el heroísmo o la admiración, denostando al resto. De esta manera, aunque las series de televisión han ampliado su muestra de tipos de hombre y masculinidades, han conservado su «preferencia» o «predilección» por un tipo de masculinidad cuyos atributos se idealizan constantemente.

Conocemos de sobra a este tipo de personajes que se repiten hasta la saciedad. Son los héroes de acción indomables, los psicópatas folladores de *Grand Theft Auto*, los padres de sitcom alérgicos al trabajo doméstico casados inexplicablemente con bellísimas esposas, los veinteañeros marihuanos sin oficio ni beneficio que se las apañan para ligarse a la mamacita al final; y, aún, el férreo Superman.

Incluso el sensible y amoroso Paul Rudd de algún modo se «masculiniza» antes de los títulos de crédito de sus películas. Es importante reseñar aquí que un estudio de Antiviolencia en televisión concluyó que, de media, los hombres de 18 años en Estados Unidos ya han visionado 26,000 asesinatos en pantalla, «la mayoría de ellos, cometidos por otros hombres». Añadid ahora estos números a la violencia en el cine u otros medios y las cifras son astronómicas.

La pronta anulación de los sentimientos en los chicos y nuestra insistencia colectiva para que permanezcan en ese camino han traído como consecuencia el cisma entre ellos y sus sentimientos y entre ellos mismos y sus yos más vulnerables.

La historiadora Stephanie Coontz ha llamado a esto la «mística masculina». Deja a las pequeñas criaturas asignadas hombre y posteriormente, a los hombres adultos, desmembrados emocionalmente, con pánico a mostrar debilidad y la mayoría de las veces incapaces de acceder satisfactoriamente, reconocer o enfrentarse a sus sentimientos.

En su libro, *Why Men Can't Feel* (*El porqué de la asensibilidad masculina*), Marvin Allen afirma que «estos mensajes animan a los chicos a ser competitivos, a centrarse en los logros externos, depender de su intelecto, soportar el dolor físico y reprimir sus sentimientos de vulnerabilidad. Cuando alguno de ellos viola el código, lo común es humi-

llarle, ridiculizarle o avergonzarle». El cliché cultural sobre los hombres totalmente disociados de sus sentimientos no tiene nada que ver con la virilidad, más bien es el indicativo de unos códigos de conducta religiosamente transmitidos, en su mayoría por padres y madres bienintencionadas y globalmente por la sociedad. En palabras de Terry Real en la charla que mantuvimos, este proceso de desconexión de los chicos de su yo «femenino», o, más adecuadamente, «humano», es tremendamente dañino. «Cada paso es perjudicial», indica Real, «es traumático. Es traumático que te fuercen a abdicar de la mitad de tu propia humanidad».

Este dolor se aplana una vez que los hombres canalizamos nuestros sentimientos de necesidad emocional y vulnerabilidad. Mientras que las mujeres naturalizan su dolor, los hombres lo exteriorizamos, hacia nosotros mismos o hacia otros. En palabras de Real, las mujeres «se responsabilizan, se sienten mal, lo saben y luchan por dejar de estarlo. Los hombres solemos externalizar el estrés. Lo exteriorizamos y nos olvidamos de nuestra responsabilidad en ello. Es lo contrario a la autoinculpación, es como sentirse una víctima colérica. La *National Alliance on Mental Illness* (Asociación Nacional de Trastornos Mentales) recoge en sus datos que, incluyendo criterios de etnicidad, las mujeres son el doble de propensas a sufrir depresión que los hombres, pero Real está convencido de que los comportamientos exteriorizantes de los hombres sirven para

enmascarar depresión, que en la mayoría de casos nunca obtiene ni diagnóstico ni reconocimiento.

Ejemplos de estos comportamientos destructivos abarcan desde lo socialmente permitido, como la adicción al trabajo, a lo punible, como la adicción a las drogas o la violencia. Los hombres tienen el doble de posibilidades de ser víctimas de trastornos de ira. Según datos del *Centro de Control de Epidemias* de Atlanta, los hombres ingieren más alcohol estadísticamente que las mujeres, ocasionando «una tasa más alta de hospitalizaciones y muertes relacionadas con la ingesta de alcohol. (Posiblemente porque hombres bajo la influencia del alcohol tienen más posibilidades de entablar otras conductas de riesgo, como el exceso de velocidad al vehículo o circular sin cinturón de seguridad)». Los chicos tienen más probabilidad de consumir drogas antes de los doce que las chicas, lo que da lugar a una tasa más alta de consumo de drogas en hombres que en mujeres en edades más avanzadas. Los hombres en Estados Unidos son más susceptibles de asesinar (90.5% de todos los asesinatos) y de ser asesinados (76.8% de las víctimas), algo que también se extiende a ellos mismos: «los hombres se quitan su propia vida cuatro veces más que las mujeres, y copan el 80% de los suicidios.» (Es interesante que por el contrario, las estimaciones de intentos de suicidio entre mujeres sean tres o cuatro veces superiores a la de los hombres.) Y según el Buró Federal de Prisiones, el 93% de la población reclusa son hombres.

Los efectos dañinos de este sesgo emocional que ya hemos detallado también interfieren en la brecha de género de la esperanza de vida. Según Terry Real:

«La voluntad masculina para minimizar la debilidad y el dolor es tal que ha pasado a ser un factor de disminución de esperanza de vida.

Los diez años de diferencia entre la esperanza de mujeres y hombres poco tiene que ver con la genética. Los hombres morimos antes porque nos descuidamos: tardamos más en reconocer que estamos enfermos, tardamos más en pedir ayuda y una vez que nos ha sido asignado un tratamiento, somos menos consecuentes con él que las mujeres».

La masculinidad es difícil de conseguir e imposible de mantener, un hecho que Real incluye y que queda de manifiesto en la frase «frágil ego masculino». Como la autoestima masculina descansa temblorosamente sobre el frágil suelo de la construcción social, el esfuerzo para mantenerla es agotador. Intentar evitar la humillación que queda una vez esta se ha desvanecido puede llevar a muchos hombres a finales peligrosos. No pretendo absolver a muchos hombres de la responsabilidad de sus actos, solo señalar las fuerzas que subyacen bajo este sistema de conductas que comúnmente atribuimos a criterios individuales, ignorando sus causas de fondo.

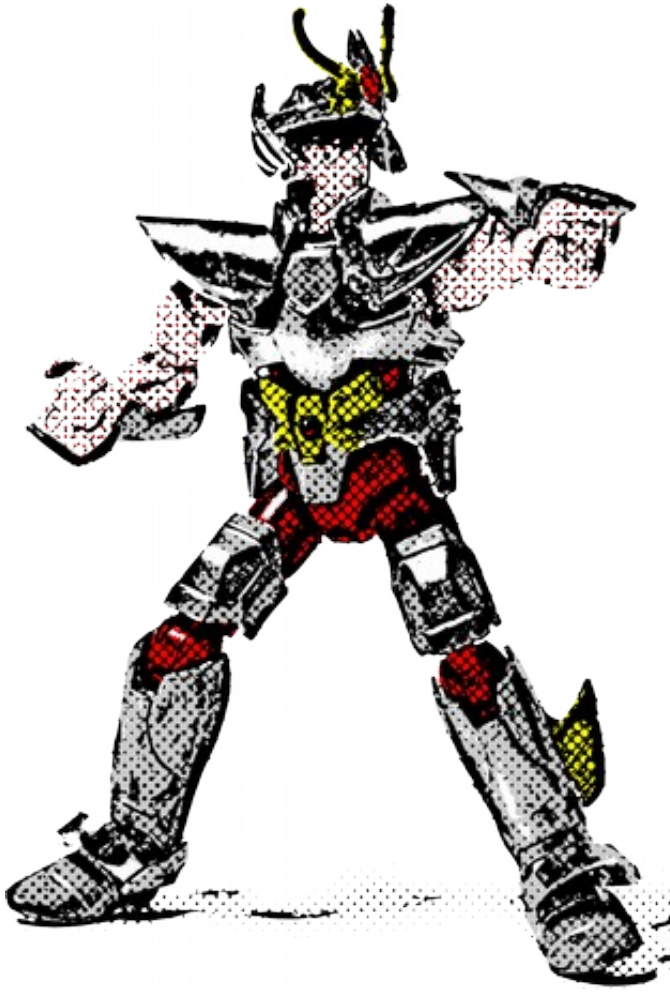
James Giligan, exdirector del *Centro de Estudios sobre Violencia de la Facultad de Medicina* de Harvard ha escrito numerosos tomos al respecto de la violencia masculina y sus fuentes. En una entrevista en 2013 para *MenAlive*, un blog de salud masculina, Giligan habló de sus conclusiones: «aún no he descubierto una sola muestra de violencia que no haya sido provocada por una experiencia de humillación, falta de respeto y ridiculización y que no representara un intento para prevenir o deshacer esa "caída de máscara", independientemente de lo severo de su castigo, incluyendo la muerte».

Muy a menudo, hombres que sufren continúan haciéndolo en soledad porque creen firmemente que mostrar su dolor personal es equivalente a haber fracasado como hombres. «Como sociedad, respetamos más a los heridos silentes, explica Terry Real, a aquellos que ocultan sus dificultades, que a aquellos que dejan fluir su estado». Y, como con otras cosas, el coste, tanto humano como en dinero real, de no reconocer esta tortura masculina es mayor que el de atender estas heridas, o evitar provocarlas desde un principio. Es de vital importancia que nos tomemos en serio lo que le hacemos a los pequeños asignados hombre al nacer, cómo lo hacemos y el altísimo coste emocional provocado por la masculinidad, que convierte a pequeños emocionalmente completos en adultos debilitados sentimentalmente.

Cuando la masculinidad se define mediante su ausencia, cuando se asienta en el concepto falaz y absurdo de que la única manera de ser un hombre es no reconocer una parte esencial de ti mismo, las consecuencias son despiadadas y parten el alma.

La disociación y desarraigo consecuentes dejan al hombre más vulnerable, susceptible y en necesidad de muletas para soportar el dolor creado por nuestras solicitudes de masculinidad. De nuevo en palabras de Terry Real: «para las mujeres, la naturalización del dolor las debilita y dificulta el establecimiento de una comunicación directa. La tendencia de un hombre deprimido a externalizar el dolor puede convertirle en alguien psicológicamente peligroso.»

Hemos establecido un patrón injusto e inalcanzable, y, tratando de vivir con arreglo al mismo, muchos hombres están siendo asesinados lentamente. Debemos superar nuestros obsoletos conceptos de masculinidad y nuestras consideraciones sobre lo que es ser un hombre. Debemos comenzar a ver a los hombres como realmente no son, sin necesidad de probar que lo son, para ellos o para el resto del mundo.



«Se puede ser hombre, colaborativo, solidario, tierno y no hay que desarrollar el lado femenino de la masculinidad; sino que hay que desarrollar ese aspecto de la masculinidad que ancestralmente parece que tuvimos los seres humanos y que por esta revolución del patriarcado se instaló como una negación para los varones»

KLAUDIO DUARTE

Hombres ¿feministas?
Entrevista por Sentiido

Javier Omar Ruiz Arroyave

Colectivo Hombres y Masculinidades, Colombia
Sentiido

"El mundo tenemos que cambiarlo entre todas las personas."

Javier Omar no se define como «feminista», se siente más aliado del feminismo y de los movimientos de mujeres.

Llegó al feminismo hace muchos años después de leer el libro *Nuestras vidas, nuestros cuerpos* de la Colectiva Mujeres de Boston.

Fue así como empezó a incorporar propuestas feministas en el Colectivo Hombres y Masculinidades del que es cofundador. «Desde las nuevas masculinidades nos sumamos al movimiento feminista para luchar por un mundo más justo».

Para él, la manera como muchos hombres viven su masculinidad no los hace felices. «También cargamos con dolores, tristezas, recuerdos de un padre maltratador o ausente. La nuestra es una propuesta de transformación para lograr hombres más humanos».

1. Hace unos días en una entrevista en el portal La Silla Vacía, la psicóloga y feminista Florence Thomas dijo: «ningún hombre puede ser feminista, pero sí pueden ser solidarios». ¿Qué opina de esta afirmación?

Me parece que la propuesta de Florence Thomas va más allá de la idea de que el feminismo solamente corresponde a quienes portan un cuerpo de mujer y se identifican con el género femenino. La lucha feminista está adscrita a los movimientos de mujeres, pero los hombres podemos aportar mediante ejercicios de cambio de nuestra realidad y de nuestras pautas de crianza.

Desde ese lugar, la mirada hacia las mujeres se torna en compromiso, solidaridad y acompañamiento. Los hombres podemos tener nuestro lugar en la lucha por la transformación de los roles de género. Desde ahí podemos aportar al feminismo.

2. La periodista Catalina Ruiz-Navarro expresó en una columna que cualquier persona, incluidos los hombres, pueden ser feministas siempre y cuando estén dispuestos a desmantelar las discriminaciones y desigualdades en todos los aspectos de su vida. ¿Qué opina de esta posición?

Me siento más «pro feminista» en la medida en que puedo ser compañero de ruta. Sin embargo, un hombre no puede

ser «feminista» o «pro feminista» parado en un sistema machista o en las lógicas de dominación masculinas.
Esa apuesta nos exige unos procesos de transformación. Es como si uno dijera que acompaña las luchas contra el racismo y no transforma actitudes y lenguajes racistas. De igual manera sucede en el tema de hombres y feminismo.

3. ¿Qué opina de la idea de que no les corresponde a los hombres discutir hacia dónde deben ir los feminismos, sino que el principal deber de un hombre feminista es auto evaluarse para evitar comportamientos discriminadores?

En Colombia, los grupos de hombres se han desarrollado, fundamentalmente, en dos campos: en las organizaciones de mujeres y del movimiento feminista. Allí, han empezado a replantear sus masculinidades de cara a las mujeres y a su relación con ellas.

En otros espacios, como en el Colectivo Hombres y Masculinidades, el ejercicio ha sido desde nosotros mismos. Reflexionamos en la masculinidad que hemos aprendido y después de habernos leído desde nuestra propia historia lo hacemos a través de la relación con las mujeres y con otros hombres. En este caso, el dialogo y el acompañamiento con las mujeres se hace después de haber cambiado muchos de nuestros paradigmas.

4. Algunas personas coinciden en que no les compete a los hombres decir si pueden o no formar parte de la lucha por la igualdad de género sino que este es un asunto exclusivamente femenino. ¿Qué opina al respecto?

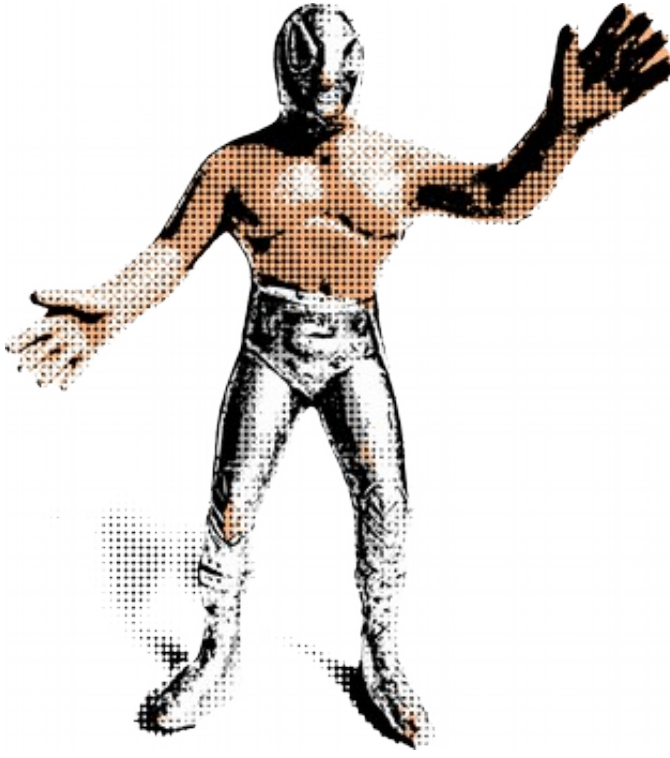
Es una posición que no les da espacio a quienes hemos ido desarrollando experiencias de transformación personal. Los movimientos de mujeres y el feminista en general, no pueden cargar con la responsabilidad de cambiar el mundo.

«Tenemos que trabajar en alianza, no siguiendo necesariamente los mismos caminos, pero sí con propósitos similares».

5. ¿De qué manera cree que los hombres pueden aportar, de la mano de los feminismos, a darle un nuevo significado a ser hombre y a trabajar en temas como las nuevas masculinidades?

Una manera es como lo hacemos nosotros: trabajando con hombres para replantear la masculinidad. El trabajo con indígenas, estudiantes, campesinos y docentes, entre otros, es una labor que no tiene que ser solamente desde grupos de hombres que trabajan con hombres, sino que cualquier organización puede hacer un proceso de reflexión crítica de las masculinidades.

Otra ruta es que el Estado les apunte a políticas públicas que replanteen los modelos machistas establecidos en las lógicas institucionales. Por ejemplo, las políticas públicas del embarazo adolescente se orientan fundamentalmente a las mujeres y esta es una mirada sesgada de la situación, porque también deben contemplar a los embarazadores y no descargar esa responsabilidad solamente en ellas.



Cuatro consejos desde la trinchera de los aliados feministas

Andrew Hernann

Everyday Feminism
Traducción: Demonioblancodelateteraverde

No hace mucho, fui de karaoke con mi esposa y diez de sus compañeras de trabajo, también mujeres. Es un ritual anual; trabajan de profesoras y salen a celebrar el haber sobrevivido a la última tanda de incansables alumnos de primaria.

Algunas de sus parejas, novios y maridos, fuimos con ellas también, pero nos hicimos a un lado. Una vez entramos en la sala reservada, dejamos que nuestras parejas escogieran las canciones. Tras una hora, pude establecer un patrón.

Todo el mundo cantamos la primera canción, *School's out for Summer* de Alice Cooper (no veáis qué subidón). En las siguientes dos canciones, de Beyoncé y Alanis Morrissette, los tipos fuimos a la barra, pero, después, cuando empezó *We didn't start the fire* de Billy Joel, ¡volvimos corriendo! Luego, cuando sonó algo de Jewel más tarde, los cuatro tipos nos volvimos al rincón otra vez.

La música sonaba fuerte, así que no pudimos charlar mucho, simplemente estuvimos ahí, agitando embarazosamente los hielos de nuestras copas. Tras Jewel, sonó el *My*

heart Will go on the Celine Dion y luego el *Like a Prayer* de Madonna. Por supuesto que nos sabíamos las letras —cómo no, habiendo crecido en los noventa— pero en vez de bailar y cantar, nos dedicamos a intentar no prestarnos atención unos a otros mientras mientras canturréabamos la parte de *in the midnight hour, I can feel your power.* ¿Por qué nunca cantamos canciones de vocalistas mujeres?

Muy sencillo, porque nos han enseñado que solo a las mujeres o a los gais les gustan ese tipo de artistas. El que hubiéramos acompañado a nuestras parejas cantando hubiera significado exhibir nuestra feminidad o nuestra homosexualidad, la cual, —de nuevo, según nos han enseñado— hubiera puesto en entredicho nuestra querida masculinidad.

Ahora, en perspectiva, me avergüenzo de haberme mostrado tan reticente por cantar. En primer lugar, perdí una oportunidad de divertirme con mi mujer y sus compañeras; luego, falté a mis principios personales y profesionales ¿Cómo yo, alguien que se identifica abiertamente como aliado feminista y de la comunidad LGBTQIA+, se avergüenza de cantar una canción en la que la vocalista es una mujer?

Como muchos hombres, me educaron en masculinidad — y, sobre todo, en cómo preservarla— desde una temprana edad.

En mi colegio, mis amigos y yo solíamos jugar a «castiga al marica», una versión del pilla-pilla en la que había que intentar pillar al niño al que le tocaba llevar la pelota —el marica— y taclearlo para que la soltara.

Más tarde, ya en el instituto, empezaron las «charlas de vestidor». Por un lado, los tipos trataban de embellecer su vida sexual, alardeando de las tipas a las que se había tirado y a las madres a las que también se follarían. Cuanto más explícitas fueran las historias y los gestos que las acompañaban y cuanto más se degradara a las mujeres en cuestión, más machos parecían ser.

Por otra parte, estos chicos insultaban a esos otros chicos que parecían más miedosos, o, en general, a cualquiera que no tuviera una pinta lo suficientemente atlética, que tuviera amigas mujeres, que prefiriera las artes o que pareciera homosexual, signifique lo que signifique eso.

Hacían acopio de todo tipo de insultos sexistas y homófobos y, junto con todo un amplio abanico de comportamientos de carácter explícito, los usaban para socavar la masculinidad de estos chicos.

Por supuesto que el vestidor no siempre era así, y tampoco todos participaban activamente en esa pose. Por ejemplo, muchos de mis amigos y yo nunca nos sentimos lo suficientemente a gusto ni con la suficiente confianza como para involucrarnos (no recuerdo haber hecho otra cosa en el instituto que andar agachando la cabeza). Sin embargo,

existía una presión tácita por la que, al menos, debíamos reírnos en conjunto, porque, si no lo hacíamos, alguien de manera inevitable te acusaría de ser un *marica* (o algo peor).

Me alegré de abandonar el *vestidor* cuando llegué a la universidad. En parte mediante un trabajo académico sobre justicia social y en parte mediante una red de amigas más diversa, empecé a darme cuenta de lo que en realidad promovía el uso de lenguaje sexista en mi instituto.

Aprendí que vivimos en una sociedad patriarcal.

¿Y qué significa esto? El patriarcado es un sistema social en el cual los hombres gozamos de privilegio. Como los hombres somos los privilegiados, la masculinidad también lo es. La masculinidad es el conjunto de características y roles general y típicamente asociados a los hombres.

Volviendo la vista atrás a mi infancia, me di cuenta de que el concepto tradicional de hombre «de verdad» no es más que un producto de este sistema patriarcal.

Esos chicos de mi instituto no actuaban de manera «natural», lo que hacían era reafirmar, conscientemente o no, los conceptos de masculinidad hegemónica que habían heredado de su familia, de los medios y de las instituciones; unos conceptos que dan prioridad a la heterosexualidad y a la masculinidad sobre otros tipos de orientación sexual y la feminidad y que además fusionan género con genitales.

Tras darme cuenta de todo esto, decidí declararme aliado feminista y de la lucha por los derechos LGBTQIA+.

El feminismo es una filosofía y un movimiento cuyo objetivo es establecer la igualdad de género. Ser un aliado feminista significa apoyar la igualdad de derechos para la gente LGBTQIA+ mediante la lucha contra la heternormatividad (el privilegio de la heterosexualidad) y el cisexismo (la asunción de que el género está determinado únicamente por el sexo biológico y de que la gente trans es inferior a la no trans, o cis). Ambas formas de alianza van unidas porque el patriarcado desfavorece tanto a las mujeres como la comunidad LGBTQIA+.

No podía vivir en una sociedad en la que la «neutralidad» me hacía cómplice del desempoderamiento sistemático de las mujeres y de la gente LGBTQIA+. Quise involucrarme personal y profesionalmente en esta lucha por la igualdad social en cuanto a género u orientación sexual.

Sin embargo, ser un aliado feminista es difícil, especialmente si eres un hombre heterosexual. Las presiones (en base a los conceptos tradicionales) de la masculinidad hegemónica y toda una vida de aprendizaje patriarcal sistemático son difíciles de superar.

No obstante, he recopilado aquí cuatro consejos —basados en mis propias experiencias y tropezones— para ayudar a que los hombres cis (yo incluido) se declaren abiertamente feministas y aliados feministas.

1.- Quiérete a ti mismo siendo TÚ mismo

Sí, ya sé que parece sacado de un libro pasteloso de autoayuda, pero, ¿cómo podemos destruir tanto el patriarcado sistémico como los privilegios masculinos si continuamos definiéndonos a nosotros mismos en base a los estándares que tanto la masculinidad hegemónica como el patriarcado reproducen?

Oímos que los hombres «que se precien de serlo» valoran la fortaleza, aunque también es verdad que los conceptos tradicionales de la masculinidad hegemónica son fácilmente quebradizos. Pensadlo: todo eso que lleva toda una infancia y adolescencia desarrollar puede venirse abajo tan solo con cantar la canción equivocada en un karaoke, así que no me extraña que muchos hombres, en estos casos, y para proteger su masculinidad, se aparten.

Nos enseñan —y no solo eso, *nos enseñamos entre nosotros*— lo que significa ser un hombre «de verdad». A través de anuncios de televisión, series, películas y revistas, los hombres aprendemos el modelo ideal de cuerpo que hemos de conseguir, la ropa que hemos de vestir, el trabajo

que hemos de alcanzar y los hábitos diarios que debemos practicar, y así hasta el infinito.

No obstante, para ser abiertamente un aliado feminista, debemos estar cómodos con nuestro género y sexualidad y debemos dejar de identificarnos en relación a otras personas. Debemos dejar de ponernos la zancadilla unos a otros mediante la explotación de los mismos mitos patriarcales de siempre.

Un hombre «de verdad» no es sistemáticamente atlético, un hombre «de verdad» no ha de tener un pene enorme, un hombre «de verdad» no siempre tiene un montón de sexo con miles de mujeres, un hombre «de verdad» no tiene por qué tener un puesto de trabajo poderoso y lucrativo.

Es verdad, un hombre *podría* ser atlético, tener un pene grande, hincharse a sexo con un montón de mujeres y tener un trabajo que le genere mucho lucro. Sin embargo, eso no lo hace más o menos hombre que otros, ni deberían estos atributos servir de vara de medir con la que evaluarnos tanto a nosotros como a los demás.
Este concepto, en sí mismo, es un engaño.

En definitiva, debemos identificarnos como nos sintamos más coherentes con nosotros mismos como individuos.

No estoy diciendo que esto sea fácil, por supuesto que cuesta. Sin embargo, al liberarnos del yugo de la expectación social, nos permitimos también reconocer tanto

nuestro propio privilegio como la marginalización que sufren las demás.

2.- Anticípate a las críticas que seguramente recibirás

El patriarcado está en todas partes, y aquellos que se benefician de él criticarán a aquellos que intenten derribarlo con argumentos orientados a socavar su masculinidad.

En el momento en que exhibí mi condición de aliado, algunos cuestionaron mi sexualidad y otros incluso me insultaron. « ¿Es que ahora eres gay», decían algunos, «¿eres una chica?». Algunos otros incluso me hablaban de haber traicionado a mis queridos compañeros machos, heterosexuales y cis.

Me avergüenza admitir que mi respuesta defensiva se basó en la misma red de argumentos falaces. Dije: «¡no, no soy gay!», «¡no soy una chica!». La verdad es que estos argumentos refuerzan la desvalorización de la homosexualidad y la femineidad frente a la heterosexualidad y la masculinidad.

La mejor respuesta hubiera sido recordarles que no tiene nada de vergonzoso el ser homosexual o mujer.

A pesar de las críticas de algunos hombres hacia aliados abiertamente feministas y hacia las propias feministas, ten-

gamos en cuenta que la masculinidad que intentan socavar —como dijimos en el punto 1— es la suya, no la nuestra.

3.- Recordad: ser un aliado feminista es algo más que defender los derechos de las personas LGBTQIA+ o las mujeres.

Ser un aliado feminista es una filosofía que se basa en la práctica, es algo que te exige escuchar y empatizar con las demás; es algo que requiere de ti honestidad en nuestras disyuntivas, confusiones y problemas; es algo que nos exige que nos eduquemos sobre feminismo, sobre alianzas feministas, sobre patriarcado y sobre masculinidad. Y también es algo que nos exige que pongamos en práctica esa educación día a día para reconocer y acabar con la marginalización sistemática de las que no son como nosotros. Es un trabajo y hay que tomar decisiones.

¿Cómo responderías si alguien te llama *gay* por haberte declarado feminista o aliado feminista? ¿Qué harás cuando escuches a un desconocido llamar a alguien *maricón* o hacer un chiste sobre violaciones? ¿Qué harás cuando un *amigo o un miembro de tu familia* llame a alguien *maricón* o haga un chiste sobre violaciones? ¿Seguirás usando *el* médico y *la* asistenta sistemáticamente? ¿Cantarás canciones de Madonna en un karaoke?

4.- Desarrolla amistades con gente afín

Esto no significa que tengas que deshacerte de tus antiguas amigas, pero tu único «amigo gay» no te convierte automáticamente en feminista ni aliado feminista. Empecé a sentirme más cómodo —más abierto y más activista— como aliado cuando establecí amistades con otras feministas, aliadas y miembros de la comunidad LGBTQIA+.

Cuando diversificamos nuestro círculo de amigas, más fácilmente reconocemos cómo la masculinidad es un constructo social y, según empezamos a redefinirnos a nosotros mismos en base a conceptos diferentes, nos vamos sintiendo menos amenazados.

Consecuentemente, los insultos ajenos nos afectan menos y nos sentimos más cómodos y motivados para desarrollar y expresar nuestro feminismo o nuestra alianza con el mismo.

Es común la idea de que el feminismo es solo para mujeres y que la defensa de los derechos LGBTQIA+ es solo para miembros de esa comunidad.

¿Pero cómo podemos vivir en una sociedad igualitaria si no nos compretemos *todas* a socavar este privilegio y desempoderamiento sistemático, si no nos compretemos a alcanzar a la igualdad universal?

Ser feminista, aliado y tener una mentalidad abierta es de gran ayuda en este empeño, y eso mismo nos ayuda a mejorar como individuos empáticos, como amigas y como parejas.

No Nacemos Machos. Cinco ensayos para repensar el ser hombre en el patriarcado de Ediciones La Social se terminó de editar el 29 de marzo de 2017, a 32 años del asesinato de los hermanos Rafael y Eduardo Vergara Toledo, miembros del MIR en Chile. En la edición se usó la tipografía libre Goudy Bookletter 1911 de Barry Schwartz.